

La Última Curva



Art. 56 9 de marzo de 2026

Por David Landazabal – Vicepresidente de Stop Accidentes, víctima de siniestros viales y autor de *La Última Curva*

El semáforo no cambia antes porque pites. Reflexiones desde el límite entre lo legal y lo absurdo

El semáforo sigue en rojo.

Un coche, dos coches, tres coches esperando, y entonces ocurre algo curioso.

El conductor de detrás pita.

No uno de esos avisos cortos, casi educados. No.

Un pitido largo, impaciente. De esos que parecen decir: “Vamos, muévete inútil”.

Pero el semáforo sigue en rojo, no cambia nada.

El conductor que está delante no puede avanzar, el coche no puede atravesar el cruce, las normas no desaparecen por el sonido de un claxon.

Y, sin embargo, el gesto se repite todos los días.

Porque el claxon muchas veces no es un aviso, es una descarga, una forma de liberar prisa, tensión o frustración, o esa sensación constante de llegar tarde a todo — porque en realidad vamos tarde—.

Conducimos como vivimos — como dice algún amigo mio —: acelerados.

Nos molesta esperar diez segundos en un semáforo, nos irrita que alguien circule a la velocidad permitida. Nos incomoda que el tráfico no responda a nuestra urgencia personal, aunque después le dediquemos horas al bar, por ejemplo.

Pero la carretera no funciona con la lógica de nuestras prisas, funciona con física, con distancias, con tiempos de reacción, con decisiones que, a veces, duran menos de un segundo.

La prisa no adelanta el semáforo ni despeja la carretera, no reduce los riesgos, lo único que hace es empujarnos a cometer errores que, en muchos casos, no tienen marcha atrás.

Quizá por eso la conducción revela tanto de nosotros, de nuestro carácter, de nuestra paciencia, de nuestra capacidad de convivir con otros.

Porque la carretera es, en el fondo, un espacio compartido, y compartir exige algo que cada vez escasea más: tiempo.

La próxima vez que estés frente a un semáforo en rojo y escuches un claxon detrás...

Recuerda algo muy sencillo: El semáforo no cambia antes porque pites.

Pero las consecuencias de esas prisas sí pueden llegar antes de lo que imaginas.